

Recordar, compartir, aprender

Las Palmas de Gran Canaria

Concepción Quesada Santana, 70 años

Eloy González Domínguez, 29 años

LA FRAGILIDAD DEL CRISTAL

El sonido gutural de la paloma es heterogéneo porque puede ser agudo o bien grave, ya que todo depende de la hora a la que es escuchado, pero ¿cuánto vale el miedo a ser feliz? ¿cuanto vale una vida? Una camiseta 12 euros, un coche 12.000, de segunda mano 2.000, un whisky con hielo en el local de enfrente tres euros..., ¿y una vida entera?

La vida no es más que una parábola dentro de un supuesto donde las ecuaciones, los balances y las raíces cuadradas juegan al engaño de hacernos felices en la que tu vida pesa 0,1; la mía 0,0, congratulando a los vendedores de cervezas sin alcohol, y el bagaje real, ya sea en conjunto o por separado, es lo que se llama desconocido.

Simplemente, ella no era de esas personas que esto le pudiera importar un ápice. Porque según una ley no escrita en los bolsillos inflamados de unos señores oscuros con intereses grises como el humo de sus trajes, en un lejano país sentados bajo la sombra de un escritorio carcomido por las termitas, y no menos lejano, quien quiera ser persona debe preocuparse de sobrevivir. Ah, corazones miserables. Aunque ella siempre contó con un arma especial, y además ésa arma es de destrucción masiva para protegerse del hedonismo ilustrado.

Todas las personas actuamos por instinto animal, con nuestros métodos de defensa, al fin y al cabo. Da igual que sea guagua o autobús quien en un instante de amplio dolor nos lo robe todo en un microsegundo casi onírico de despiste humano mientras hablamos, cambiamos la emisora de radio o de canción o, sencillamente, recordamos algo gracioso durante el simple cambio de marcha de cualquier vehículo de motor. Ella nunca aprendió a conducir, manejar dicen en América, y por ello tuvo que experimentar con el intrínseco mundo del transporte público al tiempo que Juan, 'el tímido', se ganaba el pan como buen cabeza de familia. Al margen de las presiones sociales de época perdida en el tiempo, de un tiempo de color violeta, en donde la mujer y muchos privilegios eran tirados por tierra y luego enterrados con una pala de aspecto sospechoso. Daba igual el sufrimiento de Juan el costero trayendo pescado en sus recias manos o una madre haciendo tabaco para malvivir, e incluso daba igual un hijo muerto en un vientre sanguinolento.

Sin embargo hay personas que son tocadas con un aura divina, para bien o para mal. Decía un hombre de barba espesa, tez morena y mirada incierta "bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados" o "bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios". Siempre creí que si los dioses existían debían tener algo de envidia a los humanos porque dentro de las felicidades o miserias pudiste amar y ser amada, que no es poco.

Porque las heridas cicatrizan, aún echándoles sal, porque aprendemos con cada latido, sin saber cuándo dejaremos de latir, porque dejar huella en un corazón ya es un arte, así no estamos aquí de visita, porque se puede ver más allá de una frontera, aunque no se tenga papeles, porque podemos crear, a pesar de la incineración colectiva, porque podemos creer, pese a que no se haya visto, porque podemos besar, ahogando las palabras que puedan salir de su boca, porque las miradas duelen o se agradecen, saben mejor con un guiño, porque los por qué a veces no tienen explicación, y a veces sobran, porque se puede hablar y no decir nada, o decirlo todo con un gesto, porque las cosas cambian... todo lo entendiste con maestría, te enseñaron bien de pequeña, sobre todo a no quejarte de las desgracias.

De todos es conocido que las desgracias pueden llegar por la divina providencia, ser provocados con ale-



vosía o por un despiste humano, sin embargo a ella le tocó vivirlas todas aguantando con aquel arma de destrucción masiva en la recámara de un salón decorado con el desamparo de una canción en una mesa distante.

No era Edith Piaf ni María Callas sino su voz infantil triunfante que animaba la comida a su hermano en la letanía de un recuerdo obtuso y algo deforme, como la muerte de unos padres o de un hijo, como cuando el transporte público echa a andar sin que los ocupantes se hayan bajado del vehículo y el cristal se rompe dejando una mancha purpúrea en el asfalto. Los huesos no suelen aguantar tanta presión.

La vida es efímera, y tus carcomidos huesos lo saben por el hastío y su fragilidad. ¿Indemnizaciones? Pero dime, ávido lector, ¿cuánto vale una vida entera? Yo no lo sé, ni ella tampoco a pesar de los años vividos. Quizás tú lo sepas. A veces buscamos algo desesperadamente y cuando lo tenemos no le hacemos el más mínimo caso, pero lo realmente duro es perder la posibilidad de los anhelos y que caminar sea una desesperanzadora quimera con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de serpiente. Belerofonte está de vacaciones. Y entonces emergió el arma de destrucción masiva. Menudo arsenal digno de un estado poderoso y reinante. Tomaste munición de algún lugar incierto y te preparaste a machacar a tus rivales con la mirada decidida, apuntando con cuidado para no dañar a nadie. Y disparaste ésa bomba nuclear, ésa arma de destrucción masiva que todos llevamos dentro...tu sonrisa.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Concepción se ha convertido en un libro abierto para mí. Recuerdo cuando, nervioso, la visité por primera vez en el centro de atención de mayores El Regujo, a cuyos integrantes debo agradecer todo el apoyo y cariño mostrado conmigo y, aún más importante, con las personas que asisten y les devuelven la confianza cada día en un trabajo digno de mención y que no podía ser obviado por mí en ningún momento.

Había oído hablar de las cartillas de racionamiento durante la postguerra española, aquello era crisis en mayúsculas, de los niños de la brillantina, que eran los flamantes oficiales con su pelo repeinado y que a su paso las mujeres de la época suspiraban; del cine Victoria, de los trapicheos ingeniosos con los que uno debía desenvolverse para poder sobrevivir y un largo etcétera que de los labios de Concha me han deleitado, o más bien me han transportado a otro tiempo y lugar ya difuminados, para bien o para mal, como el humo de mi cigarrillo.

Todo muere, sin duda, pero ella me enseñó desde lo profundo de su ser incorpóreo que pase lo que pase, ya sea la pérdida de un ser querido, un hijo o sus padres, o un desgraciado accidente que te haga perder la movilidad de las piernas, que destruyó sus frágiles huesos, lo realmente importante es no perder nunca la sonrisa. Y te lo dice con esos diminutos ojillos, claros como una lámpara diría el maestro Neruda, que son el mejor ejemplo de su enorme humildad. Mientras escribo, bebo de ésa humildad que desborda. Si me preguntan cuál es el sentido de la vida para mi compañera de arduas andanzas, diría que, simplemente, vivirla con todo lo bueno y lo malo, y con la única arma de destrucción masiva que debiera existir; la sonrisa. Gracias por enseñarme una importante lección de filosofía e historia.